

se trenes con rebaja de precio.» He aquí que después de once años la junta que organizó esta romería cae en los mismos errores ó peores todavía que los de la primera, y pacta sin duda en el aire, fiándose en la promesa de estos furibundos paganos que desde cuatro días acá nos zarandean y tratan peor que á negros del Congo.

Doy fe de que *á mí, por mí*, casi no me pesa de ello. Los observadores somos como los médicos: decimos *¡qué hermosa enfermedad! ¡qué caso tan bonito!* Yo me distraigo y tomo notas y me río, claro está, cuando le oigo decir al señor cura multado que toda la noche se la pasó soñando que le mataban los carabineros después de tostarle en unas parrillas. Pero si tocan á declarar cómo anda esto, juro y perjuro que anda remalísimamente, y que el que hizo esta tortilla no sabe dónde tiene la mano con que se baten las yemas. La romería, en su parte material, es un desbarajuste, y como advertía con chiste cierta señorita anoche, no se necesita que nos lleven á Liorna, que para Liorna basta con la que traemos.

LA NOCHE-BUENA EN ROMA.

ROMA 24 DE DICIEMBRE DE 1887.

Al fin, tras cinco días y seis noches de rodar por trenes, estaciones, ómnibus y fondas, la Ciudad Eterna se nos aparece soñolienta y entristecida, á la luz de un amanecer de los más desapacibles y foscos que he visto. Espesos nubarrones cenicientos encapotan el celaje, y sólo una línea de dorada luz, allá á lo lejos, sonrío á la campiña romana.

Este tiempo detestable lo traemos desde la misma frontera, y lo agrava un frío cruelísimo, increíble, que por contraste hace resaltar la feliz temperatura de que en Provenza y Marsella disfrutábamos. En Génova, donde nos hicieron detenernos ocho ó nueve horas, se nos helaba hasta la respiración. Nada riñe tanto con la idea de molicie y suavidad que la gente concibe al pensar en Italia, como esa Génova, llena

por el nombre casi español, y esencialmente latino, de *Cristoforo Colombo*. Rodeada de un anfiteatro de montañas que la nieve no sólo corona, sino reviste por completo descendiendo hasta la ladera en que se agrupan las primeras casas de la ciudad; ostentando orgullosa sus edificios y sus monumentos de mármol, Génova tiene la severidad de los grandes monasterios: es suntuosa y helada. Quizás me lo haya parecido doblemente en razón del frío que, según dejó indicado, rayaba en glacial. Lo sentimos más que nunca al visitar el magnífico cementerio, vasto rectángulo en cuyas galerías vive un pueblo de estatuas: las de los genoveses opulentos que se permiten el lujo de que un escultor labre su busto ó su efigie entera al pie del nicho ó urna donde reposan las cenizas del hermano, el padre, el esposo ó el hijo amado. Porque es de notar que en vez de la estatua del difunto, suele ponerse en los mausoleos genoveses la del pariente que los costea. De tamaño natural, esculpidas en mármol blanco y puro, con riqueza de detalles y con minuciosidad realista, vistiendo el traje moderno, estas efigies, con el frío que corre, parecen genoveses y genovesas de leche garapiñada; además tienen

el defecto de toda escultura nueva: semejan de alcorza. Sin embargo, no se puede negar que el arte de labrar el mármol está aquí á prodigiosa altura—en cuanto al procedimiento, á la habilidad de la ejecución, no digo otra cosa,—y que el cementerio pregona la riqueza y aficiones artísticas de este antiguo emporio del comercio italiano.

Acaso sentíamos el frío de un modo tan intenso por la desazón y la falta de sueño que nos imponía nuestro extraordinario modo de viajar. Yo me quedaba dormida en el rincón del coche, camino del Campo Santo; me dormía viendo los esplendores de la Nunziata y de San Lorenzo; y al ir por las calles creo que si me empujan me caigo y no me levanto de dormir en diez horas. Cuando bajamos á la estación para tomar el tren en que habíamos de concluir el viaje, averiguamos que en Génova estaba detenido el resto de la romería, y que los del tercer grupo debíamos tenernos por dichosos, pues los del segundo, entre ellos varios obispos, se habían visto forzados á pasar parte de la noche *en el andén*, arrostrando la temperatura polar, sentados sobre sus maletas, y después en un cafetín de mala muerte, pues hasta del andén les arrojaron.

Ya en páginas anteriores, haciéndome intérprete de la opinión general de los romeros, he desahogado y dicho todo cuanto se me ocurre sobre la organización de este viaje; pero deseo insistir en un punto que confirmarán los que me conocen y saben mi buena salud y mi facilidad en avenirme á cualquier género de privaciones ó molestias físicas: personalmente, no me importa haber venido así, y al contrario, excitó y excita mi curiosidad la gana de ver en qué parará esto, qué nos sucederá á la vuelta y qué nuevas emociones nos aguardan; creo también, según decía al despedirme de Madrid, que se debe tener el corazón ligero y no pensar tan sólo en el bienestar material, sino en el goce del espíritu, digno de los sibaritas del alma; mas no he podido mirar con sosiego á los dulces, á los amorosos, á los fuertes y sabios obispos que llevábamos en nuestra compañía, maltratados, asendereados y sujetos á todo linaje de incomodidades tontas é inútiles. Su risueña bondad, su inalterable dulzura, su cortesía exquisita, la festiva paciencia con que lo sobrellevaron, llegó en ocasiones á conmoverme. Uno de los que pasaron la noche en el andén, al manifestarle mi sentimiento, me dijo

sonriendo con benévola picardía:—Mire usted, yo pienso ahora lo que pensaba en tiempo de revolución: bueno que no nos paguen; con tal que no nos peguen...

En fin, repito, ya hemos llegado á Roma. Creo que tampoco vinimos juntos todos los romeros, sino que parte de ellos se ha quedado en Génova aguardando otro tren; y no puedo cerciorarme de si es así, porque nadie pensó, al bajarse, sino en encontrar coche y fonda. Mi primer diligencia es ir á la *Minerva* en busca de Ortega Munilla, á quien desde que le arrojaron en Bayona del tren de los romeros porque llevaba billete ordinario, no he vuelto á ver el pelo, si bien recibí dos líneas suyas con lápiz en la estación de Marsella, donde me indicaba el hotel de la *Minerva* como paradero en Roma. Contestáronme en la *Minerva* que allí no tenían ni al español por quien yo preguntaba ni un solo cuarto vacante; y entonces dí con mi cuerpo en el *Hotel de la Posta*, frente por frente á la soberbia casa de Correos, esperando que la casualidad me depare encontrar á mi colega el elegante cronista de los *Lunes*.

Siempre que se llega molido y rendido de un viaje á una ciudad que deseamos mucho,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO,
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vado 1625 MONTERREY, MEXICO

conocer, nos figuramos que lo más urgente será meterse en la cama y cobrarse del sueño atrasado y del descanso preciso. Jamás se ejecuta esta resolución. El agua, el jabón, el baño, la ropa limpia, bastan para que se quite el malestar y se encuentre uno dispuesto á echarse á la calle inmediatamente. Yo lo hice así, y desde la embajada de España pasé á visitar algo sumamente curioso, la Exposición de los regalos hechos á León XIII con motivo de su Jubileo sacerdotal por los católicos de todo el orbe. Creo que esta Exposición no se abrirá al público hasta entrado el próximo año; al menos los trabajos de instalación están bastante atrasados, y falta por colocar la mayor parte de los presentes. El local de la Exposición es en el Vaticano, en el patio llamado de la Piña, á causa de una inmensa de bronce que se destaca en el centro. Desde las ventanas de la sección española se dominan los jardines del Vaticano, y se ve en frente, limitando el horizonte, la cúpula colosal de San Pedro.

En la sección española—lo que primero hemos visto—encontré á la señora de Palmarioli y la señorita de Rosales—nombres caros á los que aman el arte pictórico—

atareadísimas desempaquetando, desempolvando, colocando objetos. Ocupa el lugar preferente la magnífica alfombra tejida en la Fábrica de Tapices de Madrid, y regalada por el Sr. Cubas: tiene en el centro la tiara y las armas de León XIII. Alrededor, en escaparates y cristaleras, van apiñándose las recamadas casullas, los bordados ornatos, los finos encajes, los damascos y sedas, los vasos sagrados de plata, oro y pedrería, los cojines de terciopelo, las estatuas (entre ellas hay un precioso San Juan de Dios, de Vallmitjana), las cruces y los cuadros. Con éstos he oído decir que se formará grupo aparte, y no se colocarán como los demás objetos, distribuídos por provincias, sino juntos, distinción que bien merece la rama de las bellas artes más floreciente hoy en mi patria.

Respecto á la instalación española he oído un rasgo de graciosa fanfarronería del embajador cerca de la Santa Sede, señor Groizard. Cansado de preguntar inútilmente cuánto terreno pediría para nuestro país, al fin se decidió y dijo á su secretario:—Vaya usted, entérese del terreno que haya perdido Francia, y pida usted para España lo mismo y dos varas más.—Otro donoso in-

cidente es el que se produjo entre franceses y alemanes. Como las instalaciones siguen orden alfabético, Alemania se ha encontrado al lado de Francia; y habiéndose suscitado la cuestión de á quién correspondía el donativo de Alsacia y Lorena, se ha resuelto con el criterio conciliador de la Santa Sede, colocando el envío de lorenenses y alsacianos entre las dos naciones, para que allá se las compongan como puedan.

Descuella entre las naciones Alemania por la riqueza y el gusto severo de sus magníficos ornatos, é Italia por una delicadeza especial, una filial ternura para el Papa, que le hace preferir los objetos más á propósito para que León XIII los use y tenga, adivinando la coquetería pontificia y adelantándose á ella amorosamente. Génova, por ejemplo, ofrece un reclinatorio que es cifra y compendio del esplendor y el lujo artístico; de ébano, de bronce, de plata repujada, incrustado de oro; con cifras y corona de brillantes, y tal riqueza en relieves, medallones, esculturas, tal elegancia en el diseño, que no pienso haber visto jamás mueble tan regio ni tan bonito. También es de oro con pedrerías una reducción de la Chiesa de San Antonio en Padua, con sus

siete cúpulas y las agujas de sus tres minarettes. Mas por hoy no cabe formarse idea de la Exposición, envuelta en tanto cajón y tanto fardo como rueda por allí y en medio del desorden del trabajo emprendido. Dentro de pocos días habrá cambiado de aspecto y se apreciará debidamente ese conjunto de preciosidades.

Viajando apenas sabe uno en qué día vive. Nos habían anunciado en el famoso cuanto embustero Itinerario que nos repartieron en Madrid que llegaríamos el 23 á Roma; y poseída de esta idea, me sorprendí al volver á casa y mirar el calendario y encontrarme en la fecha del 24 de diciembre. ¡Noche-Buena!

A estas horas, en el antiguo caserón solariego de Marineda, encenderán la lámpara del comedor, y su luz, al animar las sombrías figuras de los tapices y los graciosos figurones de *casacón* pintados en los recuadros, al arrancar destellos de la plata y el cristal, caerá sobre las tres hermosas cabezas de los niños: el mayor, pálido, con sus grandes ojos negros, su ovalado rostro de camafeo helénico, su boca menuda, su frente inteligentísima; la segunda, de fino perfil hebreo, seria, sentimental; la peque-

ñilla, rosada y fresca como un capullo, con sus rizos castaños y su charla ceceosa. De la cocina traerán la humeante sopa de almendra ó la compota aromática, dorada, en que flotan las rajitas de canela; las flores de la Granja embalsamarán el ambiente; allá fuera rugirá el hondo Cantábrico, y en la calle las niñas pordioseras, arrecidas de frío, cantarán, acompañándose con panaderos, triángulos y conchas:

Los pastores en Belén
 Todos á juntar en leña
 Para calentar al Niño
 Que nació en la Noche-Buena...

Y la chiquitilla, fresca como un capullo, se levantará gozosa y saltará pidiendo que le den perros chicos para llevárselos á las *niñas pobres*... Allá va la mitad del alma en un suspiro muy hondo; despierto y me encuentro en la *Piazza di Spagna*, el 24 de diciembre. ¿Cómo se cena aquí? ¿Se cena siquiera en esta noche clásica?

Me aseguran que en la *Trattoria delle Venete* dan la colación de pescado, con platos nacionales, característicos, y con vinos de Italia. Allá nos dirigimos á disipar un poco esta nube interior, á olvidar que estamos

lejos y solos. Nos sirven, en efecto, *macaroni* con queso de Palermo, truchas del Tíber, anguila asada, turrón, malvasía espumante de Asti, y nos vamos á recorrer las calles de Roma, que no atruena el ruido ensordecedor, pero regocijado y tradicional, de los rabeles, las zambombas, las panderetas y chicharras.

En nada se advierte que sea Noche-Buena sino en unos cantos montañeses y melancólicos, algo parecidos á la siciliana de *Roberto el Diablo*, que salen de una especie de taberna. Por lo demás, Roma está alegre porque ya ha cesado la lluvia y brillan en el cielo las estrellas y la luz eléctrica en el *Corso*; pero es la alegría de una ciudad moderna, suntuosa, donde nadie se acuerda del Niño que tiembla de frío entre las pajas del *Presepio*... Allá habrá estado solito *Gesú bambino* la tarde toda en su urna dorada de Santa María la *Maggiore*, y allá estará en este momento sin que nadie se arrodille á adorarle sino la blanca estatua orante de Pío IX, que eleva su rostro extático hacia la santa cuna... ¡Ah, Niño, y cuánto más benigna era para tus carnicitas la noche terrible de Belén, aquélla en que sólo te calentaba el aliento del buey y de la mula,

ó el vellón de oveja que en dádiva te ofrecieron los sencillos pastores!

Bajando lentamente la escalinata de la *Trinitá dei Monti*, y mirando desde el atrio la perspectiva de Roma, mi corazón se vuelve hacia España y su fiesta de Noche-Buena, tan cariñosa, tan religiosa todavía. Parece que mi pensamiento desanda lo andado y cualquiera diría que no he venido voluntariamente y que esta congoja es la del desterrado y del prisionero. ¿Me habrán recordado también los míos?

LA IGLESIA MADRE.

ROMA 26 DE DICIEMBRE DE 1887.

Hace tanto frío, de tal suerte se abren las cataratas del firmamento soltando un diluvio, que no hay modo de recorrer las calles de Roma á caza de notitas de esas que graban en la imaginación la fisonomía de una ciudad mejor aún que sus monumentos célebres. Ayer, con la hermosa mañana de Natividad que nos sonreía, pudimos encontrar detrás de cada esquina *ciocciaras* y *contadinos*, y ver en las gradas de *Santa Trinitá dei Monti* el pintoresco grupo de los modelos que se sitúan allí en espera de pintor que los alquile; y diez pasos más adelante, en el marco de una puerta, se nos apareció, como luminosa visión de la edad clásica, un mancebo aldeano que tenía exactamente los correctísimos lineamentos, los graciosos bucles y el tono acaramelado de un busto antiguo de Antinoo. Pero cuando

el cielo se derrite en agua ó el Norte, ó *tramontana*, como aquí dicen, corta lo mismo que navaja de afeitar, no da de sí la calle más que charcos, botas llenas de barro, paraguas que chorrean y coches que llevan la capota echada. Nos refugiamos en San Juan de Letrán con la intuición de que íbamos á pasar una tarde agradabilísima. Y así fué.

La iglesia española, con su nave oscura, en cuyas baldosas escupen sin reparo los fieles; con su ambiente húmedo, y no siempre perfumado de incienso; con sus duros y angostos bancos, sus capillas lóbregas, en que tiembla la luz de la lámpara mal despabilada y se entreoye el rezo angustioso de las viejas devotas dominado por la tos del catarro; con sus sacristanes toscos y groseros, que blanden la caña cual si fuesen á descargársela en las espaldas á los creyentes; sus imágenes trágicas, sus Cristos pálidos y ensangrentados, sus vírgenes llorosas, de seno acribillado de puñales; con sus órganos baratos y sus voces cascadas, gangosas ó becerriles; la iglesia española — repito — es lo más opuesto que puede concebir la imaginación á los templos italianos en general, y en particular á éste, cabeza de todos los de la cristiandad, sede

del patriarcado de Roma, donde Pedro, en vez de la tiara, ciñe la mitra episcopal, y en lugar de las llaves empuña el báculo, cayado de los pastores de almas.

El templo, en su traza arquitectónica, en su ornato y disposición interior, en su carácter, refleja con exactitud la fase del catolicismo que le erige. Es un pedazo del alma humana hecha piedra; es el sentimiento religioso cuajado en estalactitas, cuya forma habla elocuentemente y canta con expresión superior á la de la estrofa del poeta. ¿Y por qué, dentro de la unidad esencial del dogma, no hemos de admitir esta riquísima variedad, esta escala cromática que va desde la sombría encrucijada de las Catacumbas hasta San Juan de Letrán revestido de oro, mosaico y mármoles, resplandeciente de luces, sonoro con la divina armonía del órgano y la sinfonía celeste de las voces humanas más frescas, más delicadas, más argentinas que he oído nunca?

Cuando la antigüedad — que adivinó y presintió bajo el velo del símbolo y de la forma plástica todo lo que después realizaron la historia y el tiempo — quiso cifrar lo supremo de la hermosura humana en un solo sér, fundió en él los atractivos viriles

y femeniles, labrando la estatua primorosa que no he menester nombrar, y de la cual existe una reproducción, si mal no recuerdo, en el Museo del Prado. La gracia y la fuerza aunadas; la muelle línea curva repujada por la firme recta; el elemento activo sumado con el pasivo, y sobre todo, la victoria del arte logrando identificar lo que la naturaleza dividió, haciendo posible un imposible metafísico, corrigiendo la creación, integrando lo que desintegró el plan providencial, pegando las dos mitades de la naranja vuelta poma de oro, ¿no es un milagro de esos que ambiciona la fantasía cuando abre sus alas irisadas para volar á mundos más perfectos?

A Italia, la maga del arte, estaba reservado dar cuerpo al atrevido mito de la antigüedad, obteniendo las voces angelicales—sí, angelicales, porque los ángeles, según enseña la teología, no tienen sexo—llamadas á resonar bajo las bóvedas de mármol, jaspe y mosaico de oro de los templos más grandiosos que la cristiandad posee. Hay quien en nombre de la dignidad humana se subleva contra el exquisito refinamiento de los tipes. No es el asunto para profundizado aquí, ni en estas cuestiones de belleza

conviene mucho descender á averiguar cómo y á costa de qué dolores se cristaliza el purísimo deleite del arte. No sé si fué Ernesto Renán quien escribió que ocho mil siervos de la Edad Media consagrados á levantar una maravillosa abadía gótica habían empleado mejor su vida que otros tantos obreros libres de nuestros días dedicados á tejer ridículas telas baratas de algodón. Si la teoría peca de excesivamente pagana, me retractaré; pero... volveré á San Juan de Letrán á oír las voces.

Y dirá cualquiera: ¿no sería preferible que, en vez de remedar la voz femenina, cantasen en las capillas de Roma mujeres? Prescindo de la prohibición canónica, y miro solamente la cuestión por su lado artístico. Se engaña el que piense que la de ninguna *prima donna* puede competir con la finura, el volumen y el timbre de estas maravillosas voces. El organismo de la mujer está de tal modo condicionado por el ritmo fisiológico, y el oficio á que la ha destinado el Creador influye de tal suerte en su laringe, que repercute de un modo inevitable en la voz, y apenas hay nota de garganta femenil donde no se advierta, teniendo oído sutil, algo como delgadez ó empañadura—

no sé si me explico bien, y no acierto á hacerlo mejor.—En las voces que ahora escucho, libres de la imposición tiránica de la naturaleza, hay una nitidez absoluta al par que un vigor extraño; un sonido que, repito, trae al pensamiento los himnos de los ángeles, de los ángeles serenos que flotan en el éter azul con leve vibración de sus alas blancas.

No atino cómo se podría expresar tan rara mezcla de las cualidades de ambos sexos en el canto; pero diré lo que ocurrió cuando entramos en el templo lateranense. Mis compañeros sostenían que eran mujeres las que cantaban: presté oído un momento y les dije resueltamente que no. El que haya escuchado á los tiples en iglesias ó catedrales españolas, creerá que lo conocí en cierto falsete desapacible y agrio: nada de eso; fué precisamente en el timbre más lleno, más puro, más virginal que el de ninguna voz femenina.

El esplendor de la basílica redobla la impresión de tan sublime música. San Juan de Letrán es un salón. En las naves reina una atmósfera templada, dulce, igual, la atmósfera de los grandes templos de Roma, que, como los pozos, son el lugar más tibio

en invierno y más fresco en verano; la gente discurre en grupos ó suelta, sin ese temor que inspiran las iglesias góticas, tranquila, con el alma abierta al placer del canto y á la admiración de la majestad del monumento; es una fiesta, no de los sentidos, pero del sentido artístico, en que el oído y la vista, recreándose inefablemente, puestos de acuerdo, infunden una beatitud misteriosa, algo de lo que debe ser el paraíso según le conciben los místicos de la escuela colorista, verbigracia el P. Nieremberg.

Si alzamos la vista al techo, artesonados, pinturas, labores del gran efectista sagrado Borromini; si la convertimos á las paredes, columnas de jaspes y mármoles preciosos, hornacinas ocupadas por esas enormes estatuas de actitudes melodramáticas y violentas que puso en moda el Bernino, cuadros de Giotto, sarcófagos antiguos de pórvido, y por todas partes el mármol, el jaspe, la serpentina, gastados con la prodigalidad increíble que por tradición directa han recogido los Papas de los emperadores romanos. Este es San Juan de Letrán, y en él sólo existe una cosa que mis ojos habituados al arte romántico y ojival contemplan con visos de esa piadosa melancolía que tan

á gusto saboreo en las catedrales de España: el encantador mosaico que en la bóveda del ábside brotó durante aquel siglo revelador, memorable y supremo, el XIII, bajo los dedos místicos de dos franciscanos, Fr. Jacobo de Turríta y Fr. Jacobo de Camerino. Ambos trabajaron también en la prodigiosa basílica de Asís... ¡Cuándo me será dado visitarla, hollar el suelo donde se apoyaron los pies descalzos del humano Serafín, y sentir cómo asciende á los ojos el rocío del corazón que no puede derramarse, refrigerante y consolador, bajo estas bóvedas soberbias!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA U
"ALFONSO..."
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

GÜELFOS Y GIBELINOS.

ROMA 31 DE DICIEMBRE DE 1888.

No todo ha de ser visitar iglesias, bajar á criptas, besar losas que tiñó de púrpura la sangre de los mártires, quedarse absorto ante un edificio contemporáneo de los reyes de Roma ó construído en la Edad Media con restos del período imperial. Mientras convertimos la vista atrás y no acertamos á apartarla de la historia vieja, la historia nueva, metódica y lentamente, arroja su naveta de hierro y urde la tela de los días futuros. En el seno de esta ciudad, al parecer tan tranquila, tan dedicada al recuerdo de los tesoros que le legaron las ya desvanecidas edades, la lucha secular continúa, encarnizada, pero sorda, oculta bajo el velo de la tolerancia, de la legalidad y de la cortesía mutua.

Pocas horas antes de mi salida de Madrid me aseguraba un egregio hombre de Esta-

do que la discordia entre Italia y la Iglesia tenía más de aparente que de real, y revestía, en cierto modo, carácter decorativo, siendo una especie de comedia representada para uso de la gente piadosa. «El Papa —me decía con tono entre zumbón y persuasivo— no se ha visto jamás tan atendido, tan respetado ni en posición tan cómoda; y le aseguro á usted que Pío IX, cuando entraron por la famosa brecha, pasó uno de los mejores momentos de su vida. Lo estaba deseando.» Aun concediendo á la paradoja lo que de derecho le corresponde, quedóme en el espíritu una sombra de duda, y me ocurrió que tal vez el curso del tiempo, la muerte de los dos principales actores del gran drama, el flujo y reflujo de los sucesos cotidianos y los múltiples y graves intereses que fuera de Roma solicitan la atención de la Iglesia, podrían haber aplacado el encono, calmado del todo los ánimos y borrado los vestigios de la lucha.

Al llegar á la ciudad pontificia, se prolongó algunos días la ilusión de este sosiego. Los trescientos peregrinos que veníamos desde España sedientos de aclamar al Augusto, caímos en Roma lo mismo que una gota de agua en el Mediterráneo. Aun-

que lastime nuestro amor propio, es lo cierto que, en concepto de romeros, nadie nos hizo maldito el caso. Verdad que llegamos veinticuatro horas después de la fecha señalada en el itinerario, y sin dar aviso, por lo cual ni un alma nos esperaba en la estación, y ni una sola mano nos brindó ese apretón eléctrico que transmite la corriente de un sentimiento común; y esta fría indiferencia de la Roma ultramontana nos pareció mayor aún cuando empezamos á buscar y tratar á personajes de los que privadamente llamábamos *nuestros*. Ni una palabra calurosa, ni una muestra de simpatía que compensase tantas penalidades y molestias, ni casi una esperanza firme de poder tocar las vestiduras sacrosantas del vicario de Dios, faro de nuestros espíritus, por cuya luz venimos atraídos desde tan lejos. Mucha sonrisa, mucho afable rostro, mucha frase melosa—como siempre es meloso lo que se dice en italiano;—pero nada de eso que tanto nos cautiva á los españoles, raza de corazón caliente, que por un halago sincero, por una demostración de confianza, se apega hasta morir como murió la guardia de Sertorio. Algunos romeros, inclinando la cabeza con melancolía, excl-

maban que, de irse sin ver al Papa, para ellos no había viaje.

Con todo, yo no podía persuadirme de que aquí no respondiese algún sentimiento al de los romeros. Lo primero que me indicó que no se había cerrado el templo de Jano fueron, durante el camino, las groserías, inconveniencias y vejaciones de las empresas ferroviarias representadas por los jefes de estación y empleados subalternos; mas á poco de estar en Roma, dos nombres que hoy la dividen lo mismo que en tiempo de Dante Alighieri, confirmaron mi sospecha de que no hay paz, sino armisticio.

Los *güelfos* y *gibelinos* son ahora *papalinos* é *italianísimos*. Dos partidos que no pueden, como en la Edad Media, ensangrentar las calles de la ciudad, pero que trabajan las conciencias, que animan, por decirlo así, con un latido de odio las paredes mudas de ambos palacios, el regio y el pontificio. Conviven acordes al parecer la matrona romana y su raptor; pero ¿quién no ve el estremecimiento del seno marmóreo? ¿Quién no escucha de noche la respiración angustiosa de la mujer violentada?

Donde más he conocido que es engañosa la tregua es al ponerme en contacto con

gentes distinguidas del partido italianísimo. Cualquiera imaginaría lo contrario; que la exquisita finura, ó más bien la amistosa cordialidad con que han acogido á la *pelegrina* española había de revelarme calma absoluta en los espíritus y decaimiento en el ardor de las facciones rivales. No fué así: inmediatamente, apenas desflorados los temas artísticos, surgió y se debatió la cuestión eterna, el problema de la Italia actual.

Era en casa del comendador Mancini, el célebre jurisconsulto, político y literato, preceptor y amigo del rey Humberto I. En la mesa familiar, presidida por la bella Genina Mancini, mientras los criados servían, después del faisán cazado por manos reales, las curiosidades culinarias italianas, las ostras en dulce de Tarento, los higos empedrados de almendras de Calabria, el enorme bollo de Navidad, que en Italia reemplaza á nuestro mazapán clásico; entre el murmullo chispeante de la conversación literaria y la agradable intimidad que determina una comida suculenta y unos comensales discretísimos, se apareció sonriente, como acostumbra, el blanco fantasma papal, evocado por el incidente del *sin-daco* de Roma, duque Torlonia, que tanto

ruido mueve todavía. Mancini, á fuer de político sagaz y experto, opinaba que se había concedido importancia excesiva á una mera fórmula de atención y cortesía hacia el anciano León XIII. No dudé que Mancini tenía razón, y sin embargo, en mi interior pensaba que el caso del duque Torlonia, de suyo insignificante, valía como síntoma, como chispa que al volar delata la escondida hoguera.

Aparecido el fantasma, no era fácil con- jurarlo ya. Pasamos al salón, al cual, además de los innumerables cachivaches que hoy agrupa la moda en estanterías, muebles y muros, daban aspecto artístico y cierto color local el enorme piano de cola y la elegante arpa dorada en espera de la consabida mano de nieve; y allí, en la grata atmósfera de amabilidad y cariño que tan presto dilata los pulmones del extranjero, alzóse nuevamente la cándida visión del Vaticano. Debo confesar que ayudé á llamarla, porque gusto siempre de conocer opiniones de gente culta, sobre todo respecto al país que visito, por aquello de que más sabe el loco en su casa... etc.; y prefero sorprenderlas, no en libros ni en periódicos, sino en los labios, donde brota más

sincera y viva, más caldeada en la fragua de la voluntad. No era muy difícil conseguirlo, pues allí, como en todos lados, no se piensa sino en el Papa.

El Papa llena á Roma: oculto, retraído, invisible, envuelto en la dorada aureola que le forma el amor y el tributo de la cristiandad entera, él es el alma de la ciudad. No le vemos, como no vemos el aire que alimenta nuestra vida ni la sangre que la sostiene; pero le respiramos. Es inaccesible, y sin embargo le sentimos en derredor nuestro, influyendo en nuestro albedrío con acción psíquica inexplicable. Ante el Papa somos todos el personaje de una novela de los Goncourt, *Madame Gervaisais*; lentamente llegamos á no pensar sino en él, máxime ahora, cuando diariamente arroja el ferrocarril centenares de romeros que acuden solicitados por el imán misterioso. ¿Es mucho que también tengan fijo en él el pensamiento los adversarios de su poder temporal,—pues no quisiera llamar sus enemigos á gentes que protestan y afirman que no desean apartarse del seno de la Iglesia católica?

—Todos somos católicos aquí—exclamaba Mancini.—Y en confirmación de sus

palabras me refería detalles sobre Víctor Manuel, me pintaba al *galantuomo* creyente, sin perder un día de misa, confesándose con bastante frecuencia; su dolor al verse excomulgado, su fallecimiento pidiendo todos los sacramentos y auxilios espirituales, sus donativos á catedrales y obras pías, unido todo ello á fortísima convicción de que la Providencia misma le había elegido para unificar á Italia y librarla del yugo extranjero, y que esa era su misión ineludible y suprema.

—¿De suerte—le pregunté—que aquí carece de fuerza la idea republicana?

—Absolutamente—me contestó,—porque la monarquía nos ha unido y la república nos dividiría. Hay regiones de Italia que conservan gloriosísimos recuerdos republicanos, y al primer grito de república propenderían á reclamar su independencia y á destruir una obra que ha costado tantos años de lucha, tantos esfuerzos y tanta sangre.

—¡Qué lección para ciertos partidos y ciertos hombres políticos españoles!—discurría yo, herida en mi cuerda sensible, la unidad de la patria y el concepto de las grandes nacionalidades, único que hoy pue-

de llevar á destinos gloriosos á los pueblos de Europa.—¡Será cierto que entre nosotros hay quien más ó menos inconscientemente atenta contra esa unidad, afloja ese nudo y aspira á reducirnos al estado fragmentario de algunos principadillos que el ferrocarril atraviesa en un cuarto de hora, y que, despojados de la dignidad de naciones, se contentan con ser garitos internacionales y suicidaderos públicos!

Sí; por muy pintoresca que se presente la Italia antigua, con sus monarquías, principados, ducados, señorías y repúblicas homeopáticas, no cabe negar que fué justo y alto el anhelo de reunir los dispersos trozos del Estado latino é identificar políticamente lo que la naturaleza y la geografía dispusieron para formar el organismo de una patria magna.

Creo que no se le puede pedir mayor imparcialidad á la romera católica; pero mentiría á mi conciencia si otra cosa escribiese, y late demasiado vivo en mí el sacro amor de patria (que no será jamás ridículo ¡y si llega á serlo, ay de la raza iber!) para que no lo comprenda y respete en los demás. Y así como confieso que entiendo muy bien la aspiración italiana, la aspira-

ción de Leopardi y Monti, de los patriotas, á expulsar al extranjero, á constituirse en nación grande y seria, no puedo alcanzar que esta misión del cielo tocase á una dinastía, á la casa de Saboya. Para mí, el papel de unificar á Italia correspondía al Papado; bastantes patriotas ilustres lo creyeron también: ese era el bello sueño de Gioberti, la esperanza que tiñó de rosa los albores del pontificado de Pío IX.

El Papado es la virtualidad histórica que Italia posee. Por el Papado conserva acción sobre el mundo entero, y es todavía, espiritualmente, señora del orbe. Dígalo la manifestación imponente que hemos presenciado estos días: 60.000 personas venidas de todos los puntos del globo, reunidas bajo las bóvedas de San Pedro, y aclamando, si no con los labios con el corazón, la soberanía del Papa. Quien posee las almas, debe poseer el territorio: toda idea aspira á tomar cuerpo y á traducirse en hechos, y el catolicismo atesora vigor suficiente para comunicárselo á una patria fuerte y gloriosa. ¿En qué consistirá que los Papas no hicieron la unidad de Italia cuando todo se lo sugería, cuando eran materialmente poderosos? Acaso por rectitud moral, por no

atentar á los derechos de tanto régulo, tanto príncipe reinante y tanta ciudadanía independiente. Lástima grande, pues respetando la vida tradicional de cada región, ejerciendo un protectorado, constituyendo una confederación que fuese gradualmente aproximándose á la unidad perfecta, en forma práctica, la corona de Italia debió haber sido una tiara, y el cetro unas llaves.

Sólo así desaparecería el hondo malestar, la rencilla perpetua; sólo así se arrancaría la espina que Italia lleva clavada, no en el pie, sino en el corazón, cerca de los vasos por donde circula su sangre más pura y más generosa. Un zar de la raza latina—me decía hoy cierto ingenioso escritor italiano.—Pues bien, sí, un zar, pero no despótico, sino sucesor de Cristo.

Si esto es un ensueño, es cuando menos ensueño grandioso, y que no subleva la conciencia de Italia: por él me ha dirigido el *Fracassa* palabras muy cordiales, que agradezco.

Pronto nos permitirá la misa jubilar disfrutar la presencia real del hasta hoy Invisible. ¿Lograremos esta dicha? ¿Le veré? ¿Le veré?

EL FANTASMA BLANCO.

ROMA 3 DE ENERO DE 1888.

Ya le he visto.

No pude pegar los ojos en toda la noche. A las cinco y media saltaba de la cama y empezaba á prepararme. A las seis y media tenía prendida la clásica mantilla española y en el pecho la medalla de la romería, con cinta blanca y azul—los colores de la Inmaculada.—Mi espíritu se encontraba agitado, sí, pero de curiosidad únicamente: la curiosidad golosa que infunde el espectáculo raro, mucho tiempo há esperado y prometido. Al bajarme del coche ante la puerta de la sacristía de San Pedro, me preocupó la cuestión de empujones: por allí se subía á las tribunas no más, y sin embargo, centenares de personas se empujaban para entrar pronto. Con paciencia y la ayuda de los *bersaglieri*, conseguí abrirme camino, llegar á la tribuna, sentarme có-